

# LA PROTESTA

PORTE PAGO. SUPLEMENTO SEMANAL. PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

## PRESUNTOS DETRACTORES

Nuestros detractores no son tan numerosos entre las alimañas de la burguesía, como los que en un día malhadado de sus miserables existencias pudieron llamarse anarquistas o alguna cosa parecida.

De vez en cuando nos muestran su desamor, enviándonos misivas insultantes, escritas con una zafiedad de criterio que nos desconciela. La mayoría de ellos ahora se llaman a sí mismos comunistas, o, mejor, moscovitas, pancistas o cualquier cosa también parecida.

Uno de estos curiosos especímenes — simbólica planta de la selva humana propagada en el globo por nuestra demasiado generosa madre naturaleza —, nos escribe. Nos dice que, puesto que odiamos a Rusia, podemos anar nuestros esfuerzos a las fuerzas anticomunistas, y añade unos renglones más que, por lo incomprensible de los errores ortográficos, a duras penas pudimos descifrar.

Luego saluda: "uno que en un tiempo creía en ustedes", y etc. Al final agrega: "como trabajador disculpen la ortografía". Para el caso, vale la intención que informa y engendra esta carta.

El desventurado que nos escribe, no está solo. Son numerosos. Se hallan en todas partes, y siendo tan innumeros e infinitesimales como las arenas del mar, sirvieron en todas las épocas como argamasa a todos los tiranos que hubo de haber y continúa habiendo. Ellos afianzaron los tronos, que se hundían entre el barro y la sangre. Ellos apuntalaron los muros vacilantes de cualquier régimen legitimista que existieron y siguen existiendo. Ellos son y siguen siendo los soldados, los siervos, los esbirros, los maîtres devoradores de sus mismos hermanos, y, en fin, los eternos esclavos, antipodas del hombre libre o del que tenazmente lucha para arrancar una partícula de libertad para dignificar la vida y dignificarse a sí mismo.

La prueba de que todo esto no es acusación gratuita, inferida a nuestro colaborador anónimo, es que él diz que creyó en nosotros. Ahí reside el obstáculo insuperable para una posible liberación de los hombres, que nacen como las arenas del desierto... Ponen la fe fuera de sí mismos en un fetiche, en un pastor que los guía, en vez de ponerla en la idea de una probable emancipación que los eleve a la categoría de mentalidades, capaces de ser brújula de su propia existencia. Y así forman la legendaria grey de todos los tiempos, que da pasto a los caudillos, a los generales, a los explotadores que, al conducirla, y ella al dejarse conducir, la convierten en objeto de opresión para ellos y los demás.

Este desventurado, que es símbolo, suma y cifra de la multitud esclavizada, es verdaderamente digno de misericordia. Ellos creen ser hoy anarquistas, mañana comunistas, pasado mañana cristianos, y son nada más que un inmenso cuerpo, que se arrastran como una boa gigantesca, azuzada, fascinada por el taumaturgo, el politiquero, el cura, el encantador de esta nueva especie de reptil. Para ser pueblo le falta aún la voluntad galvanizadora de emanciparse individual y colectivamente.

De los seres, quienes comulgan y creen en cualquier energúmeno arriivista, con cascarrón de superhombre, o ponen su fe ciega y obtusa en las cosas; seres incapaces del menor análisis, ni de la menor reflexión; seres aturridos, que viven aturdidamente, cuanto más mermen todos ellos, llamándose anarquistas, como podrían llamarse anabaptistas o radicales, mucho, pero mucho más ganará en claridad y pureza la idea anarquista.

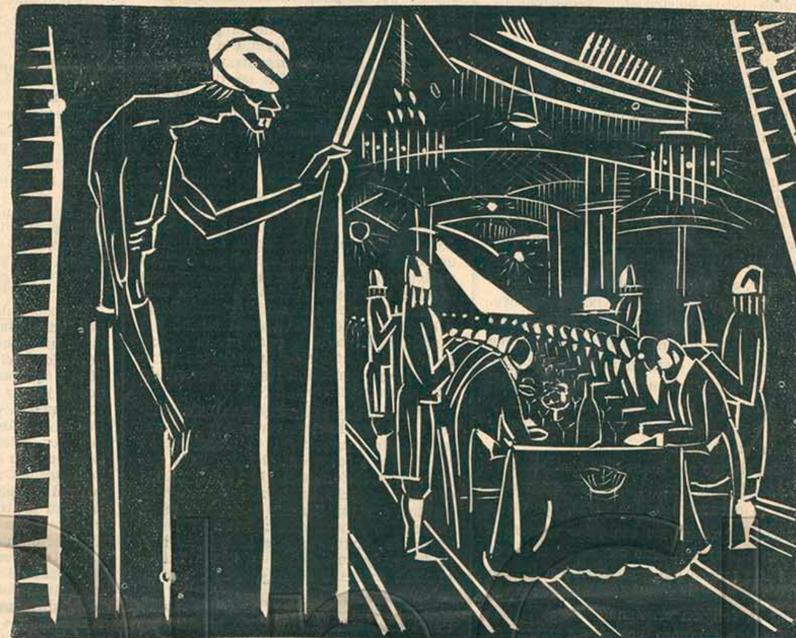
Es que hay quien — y son muchos, infinito es su número — por ser trabajadores, créense disculpados de no poseer ortografía para escribir una sola línea; creen que siendo obreros no les hace falta educarse, aprender, leer, en fin, desbrozarse espiritualmente por el inmenso placer de hacerse dignos ante los demás y ante ellos mismos.

Les basta escudarse tras el nombre de trabajadores u obreros, para que les sean disculpadas todas sus debilidades; maltratar de hecho o de palabra a los hijos y la mujer; mentir, calumniar, portarse con una inconciencia infantil y primitiva en todo momento, y, al ser reprochados, enarbolar el sólitico cartel: "soy un trabajador."

Ellos, a ser algo, son los eternos instrumentos de opresión en manos de la tiranía. Son los eternos oprimidos y, a su vez, los eternos opresores: militando en el ejército del zar o de los bolcheviques.

Hete aquí que nuestro colaborador, sin saberlo, no es absolutamente nada, ni lo fué nunca. Es una planta más en la densa selva humana, que los caudillos derriban a hachazos para hacer leña y convertirla en lanzas, fusiles y cepo del verdugo.

"Lord Birkenhead obsequió con un banquete de dos mil cubiertos al conde Reading, virrey de la India"... ("La Prensa").



El indú famélico: —Es alimentándome con un puñado de arroz como esta chusma imperialista puede despilfarrar tanto dinero sólo en comer y beber... Y Birkenhead nos dice: "No seremos "negreros" si encontramos una amistad grata a nuestro corazón". —Nos devoran y todavía quieren que los amemos.

## GLOSARIO

### GESTO QUE SE REPITE

Los intelectuales — de algún modo habíamos de llamarles —, los intelectuales franceses de la extrema derecha han repetido un gesto que ellos, en años pretéritos, reprocharan a sus colegas alemanes, también de la extrema derecha, — la de nuestro tata Jehová, representante y único agente del reaccionarismo en el cielo.

Al iniciarse la conflagración mundial, la obscenidad servil y rastrera de la intelectualidad alemana hizo que un grupo de ella se postrase al pie del ex kaiser y firmara el manifiesto que todos saben. Ellos, en ese trance apurado, invocaban las mismas razones patrióticas, mentaban el idéntico falso heroísmo que ahora los escritores de la ojerosa Lutecia claman y proclaman a los cuatro vientos.

Entonces se inculpaba a los teutones de emprender nada más que una guerra de conquista y rapiña — como si otros fines no llevaran todas —; y ahora los franceses que se hallan en suelo extranjero, ocupado violentamente, masacrando y embruteciendo, en cambio, realizan una misión civilizadora, según los elegantes intelectuales franceses.

Mas ellos sólo son símbolo de la chochera de Francia, del paso atrás, de que-

nes usan el talento como un pretexto más para prostituirse, y cuando les viene en gana ensartar unas cuantas palabras bonitas. ¿Quiénes son? Los Ginisty, los Lavadan, los Prevost, los Poincaré y otros restos cadavéricos de sacerstía.

### UN BANQUETE

Lord Birkenhead — casi una cabeza de pájaro — es un inglés muy generoso, muy magnánimo, infinitamente amable y, sobre todo, un espléndido despilfarrador del dinero... ajeno.

Obsequiando al conde Reading, hizo preparar un banquete de dos mil cubiertos. Y, naturalmente, ni un convidado faltó, y, para decirlo con la frase sacramental del caso, "la fiesta transcurrió en un ambiente de alegría y franca camaradería." Pero, a pesar de la rutina de esta frase, no fué así. No transcurrió tan alegre ni con tanta camaradería, sino que ocurrió algo peor.

Quien conozca a un inglés inflamado por el whisky, el champán, sabe muy bien que no puede acontecer así. Y como bien que no pudo acontecer así. Y como ya pueden imaginarse las escenas regocijadas y edificantes, desfiliadas con vertiginosa rapidez.

En las últimas declaraciones de este

Birkenhead, afirma que la India ya no es feudo de Gran Bretaña.

Y si no lo es y no lo fué nunca, ¿de dónde sacar tantos millones de libras esterlinas para llevar a cabo semejantes gigantesco francachelas?

Seguramente aumentando el precio del arroz; provocando la carestía y aprovechando el flaqueo del hambre para acumular ganancias fabulosas.

Lo que quiso decir ese Birkenhead es que la India no era un feudo medioeval, siéndolo en cambio comercial, donde los ladrones roban para ellos y para el rey Jorge y el imperio.

Es decir, roban para tres.

### EUROPA Y MEJICO

Estados Unidos es para el escenario del mundo como lo es Shylock a la obra de Shakespeare. El arquetipo de la sordidez. La avaricia, impuesta por el espíritu de Franklin y perfeccionada por sucesivas generaciones de aprendices de millonarios.

Si no involucramos a todo el pueblo norteamericano, una buena parte de él, unido en lazos indisolubles a su gobierno, es quien exige que le dejen arrancar de los dueños morosos su correspondiente libra de carne.

No es nuestro ánimo arribar a semejante conclusión por el mero hecho de las cesantes reclamaciones entabladas contra las naciones europeas para que ajusten de una vez sus cuentas.

No; eso no nos incumbe a nosotros. Despojados algunos de sus banqueros más inquebrables, el gobierno yanqui

conspira con las naciones europeas para concertar una acción común contra Méjico.

De cuál carácter será esta acción, estamos prontos a afirmar que será subrepticia y velada hasta llegar, si fuera necesario, al caso bélico.

El motivo ya lo proporcionaría el bolchevismo, como se pretextó en China, para masacrar con más comodidad a las poblaciones indefensas.

No es muy equivocado afirmar que las naciones europeas en todas partes encontrarán focos bolchevistas, especialmente en los lugares donde les convenga y puedan apoderarse de ellos.

Es la civilización que avanza...

EL TESORO DE SAN PEDRO

Se recordará el robo del tesoro de San Pedro — un humilde pescador, según las sagradas escrituras, que logró a pesar de su pobreza, dejarle una fortuna millonaria a sus presuntos herederos.

Pero ni el robo ni las peripeias de las investigaciones policiales, verdaderamente novelescas y guiadas por el método deductivo, es lo que más atrae nuestra atención, ni asombra nuestro pobre espíritu.

Es ese monseñor Boehm, quien, si no provoca nuestro bocio, nos convence que la clericalidad o la clericalidad, como la apodaba Bonafoux, primero se asegura el reino grosero y materialista de la tierra y dejará para muy luego la parcela que le tocará en el cielo.

Ese clérigo que lanza esta exclamación: "Alabado sea Dios. Esto parece un sueño", al encuentro de las joyas, nos da la exacta impresión de cualquier usurero a quien hubiesen robado sus escudos. No se concilia mucho ese gran cariño a las joyas y el ascetismo religioso que diz practicar la religión cristiana.

Lo que tampoco nos causa extrañeza es que el Papa celebre una acción de gracias por el hallazgo de sus joyas.

Un gerente de Banco, de haber perdido o le hubiesen robado sus caudales, habría hecho lo mismo.

Por cierto, no existe mucha diferencia entre la gerencia de una casa bancaria y la gerencia del Vaticano: los títulos de los créditos del cielo, en la tierra.



Un tomo en 8°. de 268 págs. \$ 1.20

EJEMPLARES ATRASADOS

Pedimos a los compañeros que posean números atrasados del SUPLEMENTO, sobre todo del primer y segundo año, y no tengan inconveniente en desprenderse de ellos, los envíen a esta administración a fin de poder remitirlos a camaradas que desean completar sus colecciones.

EL PAN COTIDIANO

En la mayoría de los pueblos de Europa y de América se ha manifestado durante y después de la guerra un empeoramiento de la situación económica de las clases trabajadoras; donde no hubo disminución de los salarios hubo aumento del costo de la vida, y en ciertos países ocurrieron las dos cosas a la vez. Las luchas por mejores condiciones materiales de existencia parecen haber cesado; en los primeros años de la postguerra, porque estaba la revolución a la orden del día, luego porque los organismos se habituaron en cierto modo a las privaciones y, por último, porque las energías vitales han quedado tan reducidas que el pensamiento de la rebelión y de la resistencia apenas puede prosperar.

A esa decadencia en el orden material sucedió inevitablemente la pérdida de conquistas morales básicas, sin las cuales el espíritu popular no se desarrolla y todo movimiento revolucionario es condenado a vegetar miserablemente. Las libertades civiles que se disfrutaban en algunos pueblos antes de la guerra y que costaron arroyos de sangre proletaria, fueron confiscadas primero con carácter transitorio y luego se olvidó toda transitoriedad y a ningún gobernante le pasó por la cabeza la idea de restablecer las libertades políticas cuya concesión legal obligaron las exigencias populares.

Incluso los más ciegos y los más creyentes en la legalidad se venían hoy frente a una nueva perspectiva: la necesidad de recurrir a medios extralegales para mejorar la situación de la vida. La legalidad era una especie de tabu religioso para muchas gentes; durante y después de la guerra los gobernantes mismos se encargaron de demostrar que la legalidad es la fuerza y que, donde la fuerza existe, también existe el orden que se desea hacer prevalecer.

En el tiempo de la ley contra los socialistas en Alemania hubo de modificarse el programa de la socialdemocracia en el pasaje que hablaba de los "medios legales", pues era más que ridículo aspirar en aquella época de leyes de excepción contra los socialistas a la legalidad en las filas de los mismos perseguidos. La situación es hoy más o menos la misma desde el punto de vista de la legalidad para las clases trabajadoras, y sería más que torpeza y estupidez confiar en el orden legal que los mismos gobiernos rompieron francamente para imponer sus caprichos y los dictados exigidos por su espíritu de conservación. No queremos creer que entre los trabajadores haya todavía creyentes en la ley o confiados en el maná parlamentario; los habrá perezosos de pensamiento o despreocupados de su miseria o esclavos voluntarios, pero cretinos de la legalidad, después de tantos años de fascismo, de bolchevismo y de reacción política y económica, es imposible que los haya.

Es precisamente esa ruptura con la creencia en la ley, que nos parece advertir en la mayoría de los países, la que nos debe estimular en este período a reiniciar la lucha por un estado de cosas superior: por más altos salarios, por menos horas de trabajo, por más amplias libertades...

Y somos los anarquistas los que debemos tomar esa iniciativa, por estas razones:

- 1. porque no podemos pasar por alto, sin dolor, la situación internacional del proletariado;
2. porque el movimiento revolucionario no prospera donde la miseria y la opresión se presentan en un grado intenso;
3. porque el empeoramiento progresivo del estado de cosas, tanto desde el punto de vista moral como material, forzará un día las grandes masas a moverse por sí mismas, y entonces, como siempre, surgirán los demagogos del estatismo y volverán a implantar en las filas de los trabajadores la fe parlamentaria y el espíritu de obediencia y de sbdicación.

La campaña pro reconquista de la calle en la Argentina, que tuvo su primer resultado en la celebración pública del primero de mayo de este año, después de más de un lustro de forzado silencio, puede demostrar bien claramente dos cosas:

Que la acción directa de los trabajadores es el arma más poderosa para romper pedazos de papel en donde figuran leyes y decretos restrictivos de la libertad de acción y de pensamiento;
Que esa acción directa es una escuela de educación revolucionaria de la personalidad, superior a cualquier otra.

Figurémonos ahora que el mismo espíritu y los mismos métodos empleados en la campaña pro reconquista de la calle en la Argentina se aplicasen a todos los órdenes de las reivindicaciones proletarias en esta hora de miseria y de decaimiento internacional del proletariado! Un nuevo resurgimiento no tardaría en operarse, y ese resurgimiento, asegurado más y más por los resultados prácticos del despertar de la acción obrera, cerraría al parlamentarismo el acceso a las filas de los trabajadores, porque los métodos de acción preconizados por los anarquistas se revelarían incomparablemente superiores a la mentira de la legislación obrera.

Cuando hablamos de las reivindicaciones inmediatas no podemos menos de dedicar un recuerdo al movimiento del pan gratuito iniciado en París hace treinta años y que no tuvo consecuencias, pero que dejó sus rastros en la literatura revolucionaria, sobre todo en La Sociale de Pouget. El inspirador del movimiento a que nos referimos se llama Victor Barrucand, que escribió un libro titulado Le pain gratuit (París, 1896). Barrucand se esforzó por hacer ver que su pensamiento del pan gratuito no era ninguna utopía y que podía ser fácilmente realizado. Transcribiremos un párrafo de ese libro:

"Yo no creo que se pueda intentar u organizar de antemano una modificación del estado social, pues la realidad se somete difícilmente a esas fantasías, por sublimes que sean. Las costumbres y la pereza son fuerzas conservadoras de la sociedad actual, tan necesarias como las tendencias progresistas y revolucionarias; y por otra parte se tiene que contar con la brutal energía de la incompreensión, que es siempre inculcable. Bajo esas circunstancias los programas promueven demandas sin valor y comprometedoras. Queremos resolver el problema, pues, con la medida conocida y ordinaria y por una simple exposición.

Los tres panaderos que existen y que compiten entre sí, continuarían elaborando el pan y distribuyéndolo según las necesidades, pero en lugar de venderlo a la población lo entregarían gratis. La concurrencia se produciría entonces únicamente en torno a la bondad del producto. Se implantaría entre el público el sentimiento adverso a los derroches innecesarios en el consumo. Este punto ha sido liquidado desde hace mucho. Pero sería fácil llevar una cuenta sobre la cantidad de pan que el panadero entrega y que anota en su libro de caja, mientras que en otro libro se indicaría lo que recibe cada cliente de la comuna, — una libreta para cada individuo o familia, como la que se usa hoy para con los comerciantes. Esas libretitas numeradas y fechadas, con el máximo de pan (si fuera posible) harían imposible el derroche innecesario; hay que advertir aquí que, como el pan gratuito es pagado por todos, lo mismo que la enseñanza gratuita, todos tendrían un interés en evitar el abuso que podría permitirse frente al bien común.

Sin tener que exponerse al riesgo del crédito, el panadero recibiría el precio del pan de una caja especial de la asociación, que podría ser la caja de la comuna para evitar una repatriación de la burocracia...

Si se concede que el único sentido posible de las palabras: "Soberanía del pueblo" es: soberanía individual, se estará de acuerdo que los hombres aspiran a obtener su libertad por medidas económicas de la naturaleza, por mi propuestas, pues los individuos pueden diferenciarse tan sólo en la libertad social cuando se han asociado entre sí sobre los puntos que les son comunes."

La idea de Barrucand era asegurar el pan gratuito al pueblo, como se asegura

la enseñanza, el servicio de aguas corrientes a domicilio, etc., sosteniendo, con razón, que eso tendría en sus consecuencias un alto valor revolucionario. La cuestión apasionó un tiempo a los anarquistas que se pronunciaron de diverso modo. Kropotkin objetó que la organización propuesta por Barrucand llevaría al socialismo de Estado.

Fué por aquella época también cuando, en cierta oposición a la propaganda puramente futurista del anarquismo de Kropotkin, surgió el sindicalismo de Pelloutier.

Citamos el episodio del ensayo de movimiento en pro del pan gratuito para hacer ver el esfuerzo de pensamiento y de acción que siguió a un período de leyes de excepción y de miseria colectiva. La idea de Barrucand está lejos de ser utópica, aunque sería discursible si los esfuerzos que implicaría su realización equivaldrían a los resultados prácticos susceptibles de obtenerse. Pero tiene una base ideológica indestructible: el aumento del nivel material de la vida es una condición previa de la revolución social.

Queremos hacer ver que nuestro tiempo revela una gran pobreza de iniciativas en el sentido que exigen las circunstancias, y esa pobreza es mucho más lamentable que la exhuberancia de proyectos más o menos bizarros.

La conquista de la jornada de seis horas de trabajo no es ninguna utopía que pueda ser desechada desde el punto de vista proletario y revolucionario; es hoy un problema vital para los trabajadores, tan vital como el aumento de su ración alimenticia y de su confort. El obrero de hace un siglo, que trabajaba sumiso 14 ó 16 horas diarias, no era más que una bestia de carga que sólo hacía funcionar los músculos; el obrero moderno no resistiría físicamente tal longitud de la jornada de trabajo, porque su organismo se adaptó a un esfuerzo de otra naturaleza, físico e intelectual al mismo tiempo. Las 8 horas significaron un gran alivio en su tiempo, cuando se trabajaban 12 ó 14 por día. Pero hoy mismo la jornada de 8 horas es para el organismo del hombre actual lo que la jornada de 12 hace cincuenta años, o la de 16 hace un siglo. Las ocho horas agotan hoy extraordinariamente, por la situación del organismo del proletario y por las condiciones de la moderna producción, todas las energías del trabajador. Después de esa jornada no quedan al obrero fuerzas para una labor de pensamiento independiente; el cansancio y la fatiga imponen la paralización de la función cerebral.

La reducción de la jornada de trabajo es tanto una necesidad fisiológica como una medida revolucionaria de carácter social inmediato. ¿Cómo cambiaría en poco tiempo la faz política y social del mundo si las voluntades y los corazones de los interesados directamente en el mejoramiento de su suerte convergieran por un momento en esa simple reivindicación inmediata! Todo ese aparato de la reacción internacional que se ufana por someter la vida entera a sus caprichos y a sus violencias, desaparecería como por arte de encantamiento. Los juglares de los parlamentos burgueses serían impotentes para detener o desviar la acción directa del pueblo laborioso y por fin tendrían que rendirse y decretar la introducción de la jornada de seis horas... después de haber comprobado que con la consagración legal o sin ella, la disminución de la jornada fué impuesta por la voluntad irresistible del mundo del trabajo.

Y la campaña efectiva en pro de la disminución de la jornada nos separaría indirectamente beneficios incalculables; limpiaría el camino de la revolución de los obstáculos interpuestos por los socialistas de Estado; todos sabemos que el socialismo de Estado, desde el comienzo de la guerra echó a un lado la máscara de su hipocresía y se alió con el Estado y el capitalismo mucho más que con los trabajadores; la reivindicación de la jornada de seis horas pondría a sus representantes en la necesidad apremiante de pronunciarse, y los veríamos pronunciarse a favor del capitalismo y sostener más o menos que el trabajo es una virtud y que sólo los viciosos y los haraganes pueden tener el atrevimiento de pedir menos horas de explotación. ¿Y qué harían los comunistas? ¿Ellos que se mantienen hoy en Rusia gracias al apoyo del capitalismo internacional y a la explotación ilimitada de los trabajadores?

No, además de ser imposible la iniciativa de una disminución de la jornada en cualquiera de los actuales matices del socialismo de Estado, veremos que esos señores se pondrán a la cabeza de los adversarios de esa reivindicación, lo cual al fin los colocará al margen del movimiento obrero.

No en balde insistimos e insistiremos sobre la urgencia de laborar por el mejoramiento de las condiciones de la vida presente; ninguna otra reivindicación despertaría las masas populares de las desilusiones y de los desengaños sufridos que llevarán a su ánimo el cansancio y el extenuamiento. Y nada exageramos si decimos que de todas las iniciativas de estos últimos diez años, ninguna tiene tantas perspectivas de ulteriores desenvolvimientos y ninguna se refiere tan directamente a los trabajadores como la de la conquista de la jornada de seis horas. ¿La dictadura del proletariado? Esa quiso ser la gran solución allá por 1917-20, pero fué sólo por un instante de irreflexión, hasta que las circunstancias nos volvieron a advertir que la panacea dicta-

Sindicalismo y anarquismo

Traducido de "Pensiero e volontà", de Roma, se publicó en estas mismas columnas un artículo del compañero Malatesta que trata de la relación que, en la teoría y en los hechos, pueda existir entre el anarquismo y el sindicalismo. El referido camarada plantea una cuestión de contraste entre esos dos términos, explica a su modo la función del movimiento obrero y la actividad de los anarquistas fuera y dentro de los sindicatos y, en una nota final, utiliza sobre palabras que dice haber recogido de LA PROTESTA.

El artículo de Malatesta generaliza sobre un problema que no suficientemente discutido y aclarado. Expone su punto de vista, que nos merece el mayor de los respetos a pesar de no compartirlo, ofreciéndonos algunas sugerencias que nos apresuramos a recoger con la intención única de esbozar a la vez nuestra tesis sobre el mismo asunto. Pero la nota que agregó al final de su artículo el compañero Malatesta, nos obliga a aclarar el valor de algunas palabras que posiblemente tengan distinto sentido en Italia y en la Argentina, ya que ciertos términos muy en boga ahora se prestan a frecuentes y lamentables confusiones.

Cuando nosotros nos referimos a la labor culturalista del anarquismo político, no queremos decir que las organizaciones anarquistas específicas (como la italiana y la francesa, por ejemplo) se limiten a realizar propaganda por medio del libro, el folleto y el periódico, o a conquistar prosélitos dando conferencias en los centros de estudios sociales, ateneos, etc. Tampoco incurrimos en el error de atribuir a esos militantes la intención de esperar capacitar antes a todos los obreros para que la revolución social sea posible. Señalamos, sí, la existencia de un movimiento cultural diluido en el ambiente, impreciso en sus formas de actividad, con tendencia a abarcar a todo el conjunto humano con los ideales reñedores. Y como no creemos en la eficacia de ese medio, que por su misma imprecisión pasa desapercibido para los mismos trabajadores, oponemos la propaganda sistemática en los sindicatos y el objetivo anarquista en las organizaciones económicas, que Malatesta y otros compañeros consideran como campo neutral en la lucha de tendencias que dividen al proletariado.

De esa interpretación del movimiento obrero, particularmente sostenida por nosotros en este país, deduce Malatesta que nuestra oposición al anarquismo político — de partido o de centro cultural — se inspira en el punto de vista anarco-sindicalista. Y he ahí precisamente su error.

El anarco-sindicalismo, aun aceptado como una conjunción de las tendencias anarquistas y sindicalistas, es un producto híbrido de este período confuso. Distraza ese compuesto gramatical, la vieja tendencia reformista aplicada al movimiento obrero, y es, en cierto modo, el fruto de la práctica de los defensores de la neutralidad ideológica en los sindicatos. Y, sin

torial no era nada nuevo y que la revolución y el socialismo no podían armonizar de ningún modo con la dictadura, fuera ejercida en nombre de quienquiera que sea.

Y si descontamos esa fascinación dictatorial, ¿qué iniciativas, qué soluciones hemos dado, qué soluciones se han tratado de dar a los problemas sociales planteados? Es doloroso decir que hemos dejado hablar y disponer tranquilamente a nuestros adversarios. Pero nos toca ahora pedir la palabra a nosotros.

Intervengamos en la vida práctica, que es en ella donde se fragua el porvenir; y no hagamos abstracción de la miseria y de la esclavitud actual de las masas trabajadoras en la piadosa esperanza de que llegará el día del juicio final de la burguesía y entonces se solucionarán todos los problemas; comencemos hoy por resolver los problemas que competen al presente; entre ellos está la humanización de las condiciones de vida y de trabajo en primera línea.

D. Abad de Santillan

que esto sea una ofensa para el viejo maestro, declaramos que Malatesta, como Fabbri — el teórico de la unidad de clases y de la prescindencia doctrinaria en el movimiento obrero — está más cerca que nosotros del anarco-sindicalismo.

Las palabras no tienen el mismo valor de expresión en todas partes, máxime cuando se trata de rótulos agregados como una novedad a viejas teorías. En Alemania, por ejemplo, el anarco-sindicalismo constituye una forma de expresión nueva; así, según Rocker, el sustantivo de la tendencia revolucionaria, lindante con el anarquismo, difundida después de la guerra en los medios obreros para oponer nuevas tácticas de lucha y nuevas conclusiones teóricas a la social-democracia y buscar, en consecuencia, el medio de provocar la quiebra de las organizaciones centrales del proletariado alemán. Pero en los países latinos, de tradición libertaria y federalista, donde la palabra anarquía no causa espanto a nadie, ¿qué necesidad hay de emplear esa etiqueta ambigua? Definidos teóricamente el anarquismo y el sindicalismo, su unión no es posible ni en las palabras. De ahí que únicamente interese a los partidarios de la neutralidad doctrinaria, a los sindicalistas llamados apolíticos y a los que desenvuelven sus actividades en dos planos distintos: en los sindicatos, como asalariados, y en los partidos, como adeptos de una determinada creencia.

Nosotros, como ya hemos dicho, estamos muy lejos de esa tendencia que ahora rotulan anarco-sindicalista. Hemos definido nuestra propia situación en el movimiento obrero, no porque eso nos imponga nuestra condición de trabajadores — por el vínculo económico que señala Fabbri como imprescindible para asegurar el éxito de las organizaciones proletarias y evitar el quebrantamiento de la unidad de clase —, sino porque en los sindicatos hemos visto un medio eficaz de propaganda y la práctica de las luchas diarias nos demuestra que no es posible capacitar al proletariado desde un plano situado al margen o por encima del mismo proletariado. El anarco-sindicalismo pretende ser una teoría revolucionaria situada entre el reformismo sindical y el anarquismo doctrinariano. Toma del primero los medios de acción, directos o indirectos según los casos, se apropia de sus prácticas corporativistas, de sus fórmulas económicas, conformándose con adornarse con las palabras del segundo, tanto más sugestivas en cuanto más empíricas sean, y el "compuesto" resulta una verdadera ensalada rusa; algo que tiene apariencias apetitosas, pero que a la postre resulta difícil de digerir...

Se nos dice que el sindicato es por su naturaleza reformista. Pero es necesario explicar el alcance de esa palabra. La conquista de mejoras económicas, la diaria lucha contra el capitalismo, la resistencia a los abusos del poder, ¿es labor de reformistas? ¿Supone el deseo de conquistar algo que quede definitivamente consagrado por las leyes, en oposición a futuras conquistas? En la esfera del salario, toda conquista es transitoria, perecedera, puesto que está sujeta a contingencias económicas que no puede regular el mismo capitalismo. En consecuencia, no hay reforma legal, sino modificación constante en el valor de los medios de cambio y en la equivalencia del trabajo que el obrero realiza, cuyo trabajo mide la burguesía con su patrón económico.

Es una acción defensiva la que realizan los partidos políticos en la esfera parlamentaria, dando a la reforma su verdadera expresión. Y el anarquismo político, aun cuando prescinda del parlamento y repudie la acción reformista de los gru-

pos electorales, no hace otra cosa que propiciar esos cambios en las condiciones económicas del pueblo cuando interviene en protestas contra la carestía de la vida o inicia una agitación popular tendiente a poner freno a la explotación del capitalismo.

He ahí la relación que existe, en el terreno económico, entre la acción sindical y la propaganda anarquista que se inspira en mejoramientos transitorios. Todo depende, pues, de la forma en que esa lucha sea llevada a cabo. Los anarquistas que militan en los sindicatos, si saben obrar como tales y ejercen una influencia efectiva sobre sus camaradas de trabajo (¿también será pernicioso esa dictadura moral?) pueden impedir que muchas huelgas se solucionen en las oficinas gubernamentales y en las antesalas de los ministerios. Y esa sola labor, con ser de relativa importancia, contribuye a combatir la fe en la legalidad y el culto a la política, que son los verdaderos fundamentos del reformismo.

Toda propaganda revolucionaria hecha en un período no revolucionario, se inspira en propósitos inmediatos, que bien se pueden incluir en cualquier programa de reformas sociales. Pero lo que nos interesa a nosotros no es el objeto que persigue el proletariado con sus protestas y con sus acciones, pacíficas o violentas, sino la forma en que expresa su descontento contra las injusticias y los crímenes del capitalismo y el Estado y los medios de que se vale para asegurar sus propias conquistas. ¿No es absurdo pretender establecer una equivalencia de actuaciones entre el político que aspira a la reforma del régimen social mediante leyes protectoras, y el anarquista que propicia una huelga para conquistar una mejora que contradice la legislación más avanzada y está en oposición a los planes del reformismo parlamentario?

Mientras la revolución social no sea un hecho, los trabajadores se verán obligados a defenderse del capitalismo mediante sus armas específicas de lucha: la huelga, el sabotaje, el boicot, etcétera. Será esa una labor reformista, fácilmente aprovechable para los partidos políticos avanzados, pero la cuestión reside en impedir que los sindicatos legislen sobre el trabajo, legalizando esa reforma, que no otra cosa es lo que persiguen los defensores de la fórmula: "todo el poder a los sindicatos" y los marxistas disfrazados con la etiqueta "anarco-sindicalista".

Lo que interesa es discutir si los sindicatos, como arma de defensa del proletariado, pueden ofrecer un amplio campo de acción a los anarquistas. Nosotros sostenemos que sí, y al afirmar esto nos atenemos a la experiencia de nuestro movimiento. Dentro de los cuadros de la F. O. R. A. la propaganda del anarquismo se desarrolla sin ningún impedimento. Y esa es una conquista más importante que todas las que se puedan realizar fuera de la esfera proletaria, en ambientes poco propicios a la difusión de ideas reñedoras.

Si el anarquismo no tiene en el movimiento obrero una de sus formas más lógicas de expresión — la base principal de su actividad revolucionaria — ¿sobre qué base podemos propiciar el triunfo de la revolución y de la anarquía? Malatesta considera que los sindicatos pueden ejercer una función reformista, pero que no sirven como elementos de capacitación ideológica del proletariado. Sostiene también la necesidad del sindicalismo para hacer frente a la burguesía, recomendando a los anarquistas que aporten sus energías a esa acción defensiva de la clase trabajadora. Nosotros, en cambio, sin atribuir a los sindicatos funciones pre-revolucionarias, ni empeñarnos en improvisar organizaciones económicas que suplan a los órganos capitalistas después de la liquidación del régimen presente, entendemos que el sindicato ofrece a los anarquistas un excelente medio para propagar sus ideas y oponerlas a las tendencias autoritarias que prevalecen en el movimiento obrero de la mayoría de los países.

El tema se presta a muchas otras consideraciones. Pero las dejaremos para mejor ocasión, puesto que este artículo se hace ya demasiado extenso.

Emilio López Arango

# POR LOS SALONES

**Hermann Benjamin (Van Riel)**

Este modesto y por eso mismo admirable artista que expusiera veinte y pico de óleos y una docena de dibujos, pasó completamente desapercibido y desdénado, tanto por la crítica oficial o no, como por el público de los conocedores y también de los que no lo son.

Con escasa afluencia de visitantes, a pesar de los remates de tapices realizados en esa pinacoteca, raros eran los que se allegaban a la última sala para dar una ojeada a las obras del pintor húngaro. Es una injusticia que sólo acontece a quien sin alharacas ni padrinos, silenciosamente, exhibe los frutos de su labor, a fin de arrancar de ella, no una vana gloria ni elogios desmedidos, sino algo que permita vivir y estudiar. Porque esas telas fueron hechas por un estudioso, quien ama su oficio como cualquier otro, aunque ellos cobren miles de pesos por una mancha mal borroneada o por un retrato banal y flojo.

Sin embargo, por esas salas desfilaron pintores de una suficiencia pedantesca y bastante peores en todo sentido, como pudo serlo el que se le olvidó con la inconsciencia de una ensoberbecida ignorancia impermeable a toda manifestación sincera de arte.

Ocho o diez líneas bastaron a un crítico oficializante para decirlo todo; aunque en realidad nada dijo de importancia y válido. Y eso que con esa misma pluma se vertieron loas a ejemplares de la flora y la fauna pictórica, en quienes se veía en toda desnudez el mercantilismo, el deseo único de agradar a todo trance, aun a costa de la honestidad primordial de todo artesano, que existe y ennoblesce hasta los más bajos menesteres.

Transcripta a máquina en una sola hoja de papel, traducida de un diario húngaro y colgada en una esquina de la sala, se narraba en términos sencillos la biografía del artista. Para el caso y referente al problema artístico, no siempre son de capital importancia las fechas escuetas, donde pudo estudiar, en cuál academia estuvo deletreando el alfabeto del dibujo o de la pintura, y con qué maestros o profesores compartió las enseñanzas últimas. Pero tratándose de una personalidad desconocida, procedente de un país casi totalmente ignorado para nosotros, estos someros rasgos hubiese sido necesario citarlos.

Desgraciadamente, luego de haberlos leído, volvimos dos o tres días después para tomar nota y quizás conversar con el artista, mas esa muestra fué suplantada por otra.

En su humildad eran tan sabrosas esas telas en su composición y de color, que se podía contemplarlas por largo rato, y en la contemplación hallábamnos el acicate en los nuevos hallazgos apenas entrevistados en la primera mirada. A las obras, resultado de un propósito serio de estudio del natural, en que el artista busca hallarse en lo que pinta, les acontece como a los buenos libros. Una sola lectura no basta para extraer todos los jugos vitales contenidos en ellos.

Con menor intensidad, algo de esto nos sucedió con los cuadros de Hermann Benjamin. Es necesario penetrar en sus paisajes — especialmente los de su país natal — para experimentar toda la sensación de suavidad difusa con la cual resplandecen todos ellos. Algunas telas, que creemos ejecutadas aquí, son inferiores de calidad. El color aume agriedades insólitas en su paleta tan sobria.

Construida con una solidez — "Barrio Viejo" — que restablece el equilibrio de los valores tonales, con una gama agradable en sus diversas tintas, su composición, además, posee el gran mérito de ser fielmente étnica o, más sencillamente, fiel al terruño de donde brotó.

"Callejón", "Feria en la campaña", "Plaza pública con carros", y hasta "Mercado en Pest", son cuadros e impresiones que, fuera del valor plástico indiscutible, poseen, para nosotros, el encanto de inéditas costumbres, paisaje, caserío diverso, y con otra atmósfera diferente de la que nos rodea. Una obra que revela la fiso-

nomía de una región particular, sin copiarla servilmente, nos parece que merece respeto y también el elogio en la medida del esfuerzo, en la voluntad de comprensión emotiva que se puso en ella. No es lógico ni natural que a todos los pintores les exijamos sean maestros portentosos e intensos sentidores. Los artistas que pintan en tono menor representan un peldañito entre el genio o la multitud que, por incomprensiva o falta de educación adecuada, lo rechaza.

Los dibujos y la única acuarela — que recuerda un poco la manera de John Jongkind, de la última época — son los signos más elocuentes de la inquietud de una personalidad. Es decir, de la búsqueda incesante realizada por su espíritu. La grafía del dibujo es la que más fija el carácter peculiar de cada artista.

Y magüer todas esas cualidades de sobriedad, de mesura y de equilibrio en la composición, demostradas también en algunos de sus retratos — "Niña y su libro de misa" — se hizo alrededor de esta exposición un silencio de muerte, agobiándolo bajo una indiferencia que hierre y causa más daño que el insulto.

Confundiéndolo tal vez con un expositor argentino, — aquellos de una independencia de no necesitar muletillas de nadie, escasos y bien pocos le adquirieron una mancha, una acuarela, y a estas horas es posible sean esas obras confinadas en una casa de remates para sufrir la triste suerte de tantos cachivaches y trastos inservibles, arrinconados entre el polvo y la telaraña.

Es penoso constatar que en nuestro ambiente los que se precian de conocedores, cuando compran cuadros únicamente adquieren las grandes firmas. Y lo hacen con el mismo criterio de quienes apilan en sus cofres-fuertes valores de bolsa y títulos de crédito extranjero. A veces se les ofrece en remate una oleografía, fijada en una tela y hábilmente retocada, por una suma irrisoria y creen haber comprado un Ribera auténtico o una réplica del mismo Ticiano.

Es la vanidad obtusa de una sociedad burguesa que por parecer culta y entendida comete las más grotescas acciones e incurrir en las tilingüerías más reideras. Es el eterno "monsieur qui ne comprend pas".

**Exposición George Bernheim (Witcomb)**

La preponderancia de cuadros franceses en la presente temporada de exhibiciones de arte, ha sido un fenómeno revelador que demuestra la actividad extraordinaria desplegada por los mercantes de París. La afluencia de artistas de todas las naciones del mundo pudo convertir la ciudad de Lutecia en la Meca de las cuatro artes. En vano un grupo de artistas italianos, en la revista "Valori Plastici", proclamaron pocos años ha el "primato" de la pintura para su patria. París siguió atrayendo sobre sí todas aquellas caravanas de artistas anhelosos de estudiar y que luego, si fuesen consagrados, serían impuestos mundialmente. Y la supremacía, en muchos órdenes del



ALBERT BESNARD — "Desnudo en un paisaje".

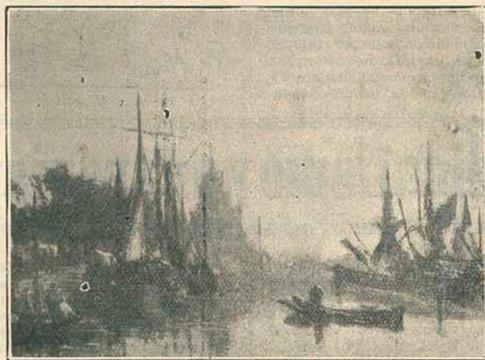
espíritu, sigue perteneciendo a esa capital latina. En todos los países hubo figuras aisladas de mucho relieve, pero en ninguno se produjo con la abundancia y la variedad que aconteciera en la tierra de Pousin.

Este breve exordio desea explicar de algún modo la avalancha de cuadros, traidos aquí de cuanto salón de arte existe en París.

En algunas exposiciones, al predominar un espíritu de selección, se hizo una labor educativa no desdeñable — ejemplo, Vian, con Monet y Raffaelli — mas no todos se ajustaron al mismo criterio.

A otros, un fin meramente comercial los guía. Reputan que esta metrópoli es un excelente mercado, y envían en un "pele-mele" lo mediocre, lo bueno y lo malo.

La exposición Behereim si no fué organizada con la finalidad exclusiva de



JOHN JONGKIND — "Puerto de Rotterdam"

conseguir una prieta homogeneidad, no son escasas las piezas importantes de valía. No existe, quizás, el hallazgo inesperado de una gran figura, mas no falta tampoco la nota novedosa. Novedosa únicamente para nosotros, porque en otros centros ha sido desflorada y hasta manoseada.

Es de Van Dongen de quien queremos hablar en primer término, ya que constituye él lo inédito, lo que hasta ahora ignorábamos.

Son dos los lienzos expuestos allí: uno es "Les courses a Auteuil", y el otro "Notre-Dame de París". Al contemplar por unos instantes esos cuadros de buen tamaño, no podemos darnos cuenta del por qué del revuelo escandaloso, la algarada que se hizo alrededor de su nombre. Estamos por creer que fueron maniobras de hábiles "marchands", quienes, con ruidosa propaganda, quisieron producir el alza de las acciones artísticas de su pupilo. Nada de raro ni extraordinario posee su manera de pintar, ni la interpretación que da al sujeto pintado.

Desde luego, el pintor ha debido contribuir a la creación de esa leyenda, tejida sobre su arte. El retrato de Anatole France, expuesto en uno de los salones de los "Independientes", es el que más dió pábulo al charloteo de los críticos. ¿Y por qué? Quizás por usar arbitrariamente una gama amarilla, donde la gente creía hubiera debido ser de otra tinta.

El ejemplo se halla en la tela "Notre-Dame de París". Existe una profusión de brochazos y de trazos en azul ultramar puro que impregna toda la composición de una tonalidad monocorde. Sin

embargo, dá la exacta impresión del día de lluvia que el artista quiso infundir y hacernos percibir.

Construye a la par de cualquiera, aunque se diferencie de muchos; dibuja, cuando se le antoja y, a trueque de ser esquelético, es casi siempre sumario y esquemático. Si ello no se halla exento de cierta aridez, creemos que es algo voluntariamente querido, en gracia a la consecución de una mayor claridad y también de lo intenso de la sensación a expresar.

En la tela "Les courses a Auteuil", se percibe el mismo procedimiento técnico, pero tratándose de otro tema distinto y más espectacular, se puso con alarde dos notas amplias de rojo y de amarillo, resultando sobre el fondo de figuras apenas bosquejadas en tonalidades desvaídas de grises y de azules... Ello a fin de suscitar la idea y el sentimiento

fugaz en el veedor, que puede experimentar frente al mismo espectáculo.

Pintando como el que posee bien el oficio y lo maneja con inteligencia, y hasta con un poquito de astucia o de ingenio, para no incurrir, precisamente, en la pintura que hace todo el mundo — supuesto que sepan pintar — adoptó determinados cristales y determinadas tintas, y vió todas las incidencias de la vida a través de ellos.

He ahí como podemos explicarnos los sucesivos éxitos de escándalo que obtuviera éste artista. A punto de agradarnos y hasta de admirarlo, no nos convencen mucho esos artilugios para atraerse la atención, con una simplicidad preconcebida y un abocetamiento premeditado. Hay un poco la manía de construir y deshacer, y un afán de no concluir, para que cobre una fuerza de sugestión mayor. Pero lo importante es que pretenda dar la sensación de un día lluvioso y lo consiga; y al emplear los medios que más le convengan, cuando desea describir con eficacia lo pintoresco, envuelto al calor gris de una tarde triste, también lógico, infundiéndonos el mismo sentimiento experimentado por el pintor.

Nada de revolucionario tiene Van Dongen, y si quisiera llegaría a ser clásico, y hasta académico, si dejara caer esos cristales a través de los cuales pinta. Citar todos los cuadros poseedores de una o más cualidades, sería confeccionar una lista demasiado extensa. Hablar de ellos detenidamente, tampoco es posible. Siendo casi todos archiconocidos y comentados por los críticos de todos los países, poco podríamos agregar. Además, sería una pedantería descubrir a Corot, a Millet, a estas alturas.

Haremos notar solamente un Degas, un Daumier, bien representativo del genio y de la figura de su autor; un Forain, sombrío y de una calma tétrica, nada espectacular; un Jean Vuillard, dos buenos Besnard y algunos mediocres Sidaner.

El conjunto, con los Monticelli, los Courbert, puede ofrecer una ocasión de estudio para nuestros pintores, al comparar dos temperamentos antagónicos.

Nunca pensé que la oveja descarriada que no volvió jamás al redil se perdió entre los montes inmensos o en las praderas verdeantes. Pensado siempre que su fuga fué una emancipación sublime del mediocre ambiente en que vivía, un acto de rebelión hacia el eterno y rutinario pastor que la guiaba.

L. M. BARAGNAN

# E L L U J O

Entró al anochecer; le traía las joyas que ansiaba lucir. Puso en la carne viva del brazo el brazaletes, y sobre sus cabellos la regia "aigrette" zafireca de cabrillos lilas.

Los ojos de la bella florecientes de goce como dulces zafiros radiaban sin cesar; y ostentaba — entreabriendo su corpiño de seda — enroscado el collar de perlas de Ceilán.

Miróse en el espejo cual nunca embellecida, cambiando de actitud, riendo como loca; y tactualmente el estuche decía: "¡Qué locura!"; y sus ojos pedían el precio de las joyas.

Pues en tales objetos la belleza y el precio van al par. El callaba; por la abierta ventana subían del camino los múltiples murmullos de la ciudad fabril y sus labores diarias.

Exhaustos hombres rudos jadeaban en las fraguas, algunos albañiles oscilando en los aires subían una escala. ( siempre en su garganta las perlas cabrilleaban cual ondas de los mares).

El, con su pulera diestra, mostrábele un pobre hombre que encorvado subía llevando en sus espaldas una piedra: "Ese, observa que agotará su vida, esclavo, sin ganar el precio de esta alhaja".

Ella tembló de orgullo. Y pareció más bella sonriendo bajo nimbo de suave resplandor. ¿Y quién, por la sonrisa de sus labios, no hubiera vertido a manos llenas el oro y el sudor?

Un capricho de niña la poseyó en la noche; no quiso desprenderse del mágico collar ni el áureo brazaletes. Con su regio tocado felice adormeciósese. Y comenzó a soñar:

¡Qué sueño tan extraño fué el sueño de la bella!... Todas sus joyas ígneas quemaban, y en su pecho las perlas se agitaban a modo de aguas-vivas, y el brazaletes de oro le estrangulaba el hueso.

De pronto hacia la patria remota de las piedras vióse en un loco vuelo, febril, arrebatada; primero fué la blanca Siberia nívea, en donde debajo del knut gemían innumerables parias.

Sus doloridos dedos desenterraban algo, era el triunfal zafiro en sus cabellos riente... luego cambiaba todo; el mar só el claro cielo rodeaba sus oleajes llenos del sol de Oriente.

Allí un hombre inclinábase, y en las núbureas aguas de los inmensos mares se hundía en lo profundo; y cuando le sacaron la sangre emburpurábele la faz, y bajo el sol jadeaba moribundo.

Y percibió la hermosa entre sus vertas manos la perla del collar que en su cuello lucía... Y en su terrible sueño, los tumbos del oleaje mezclábase a los ayes del hombre que moría.

Después, fué un sordo y lúgubre ascensional murmullo:

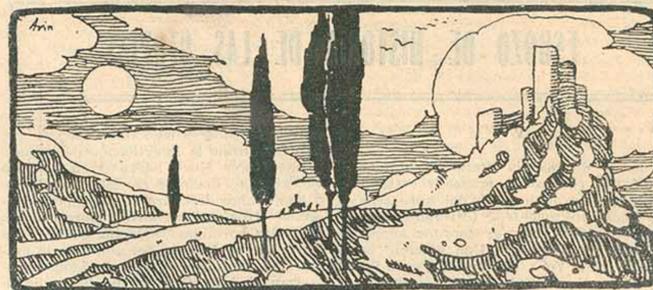
la voz de todo un pueblo hambriento y desolado que, por satisfacer la gula de sus sueños, en una ciega empresa se aniquilaba en vano.

"Oh, si nos fuera dado fecundizar el suelo; producir laborando, sudando cosechar; mas nuestro esfuerzo estéril acrece la miseria, pues en vez de nutrirnos agrava nuestro mal."

"¡Maldito es el trabajo que, análogo a la llama, devora nuestra vida y la esparce al azar! ¡Maldito el lujo vano, las modas de las damas, causa de nuestra eterna mortal necesidad!"

Este clamor subía de innumerables pechos; ella se despertó, válida; con sus manos desabrochó el collar lo contempló en la sombra; ¡Y creyó que brillaban llantos cristalizados!

J U A N M A R I A G U Y A U



## Reflexiones sobre arte

Sin que esto signifique una definición absoluta, exacta, perfecta, opino que la obra de arte, o el arte mismo, pues no se concibe ni se siente ni se manifiesta una cosa sin la otra, esto es, el arte está en la obra, está o tiene efectividad en lo que sugiere, en lo que despierta. Así es como el artista se ve a través de su obra. El siente, vé e interpreta de acuerdo con su temperamento las ideas, los sentimientos, las inquietudes, en una palabra, las palpaciones del espíritu y de la vida humana. De ahí que, observando y estudiando las obras de arte que nos legaron las generaciones que nos antecedieron, podemos comprender e interpretar en parte la vida y las inquietudes de una época o de una de las tantas fases de la historia de nuestras civilizaciones. El arte es entonces un testimonio de las preocupaciones del espíritu humano que anima e impulsa la vida social de los pueblos, y el artista no es más que el intérprete de esas manifestaciones. El es una parte de lo que constituye el conjunto. El expresa en su obra una parte del todo.

Por averida que se suponga una obra de arte, nunca lo es tanto como para no tener ni guardar ciertas relaciones con su época. El artista reúne las manifestaciones aisladas que observa en la vida que le rodea y expresa por intermedio de su obra la síntesis de esas palpaciones, de esas inquietudes y preocupaciones de la vida humana. Así es como el arte contribuye con su lenguaje de la belleza en la elaboración de un porvenir mejor para el desenvolvimiento de la vida de la especie. Y si no fuera así, ¿qué podríamos entender por bello, y qué significado tendría para los hombres la belleza? La belleza influye en la vida del individuo y de los pueblos por las ideas morales y por los sentimientos humanos que despierta y sugiere. Así es como el arte dignifica, eleva e impulsa el espíritu y la vida de la humanidad.

Opino, pues, que el arte tiene una función social; es más: el arte, para ser tal, debe ejercer una función social.

Porque el arte, como la ciencia y el trabajo, debe estar al servicio de la humanidad; esto es, que el arte, la ciencia y el trabajo deben ejercer la misma función social y cumplir la misma misión: facilitar y embellecer el desenvolvimiento de la vida humana y de todo aquello que pueda contribuir e influir en ello.

El arte, como la ciencia, nos conduce a la anarquía. La anarquía es la base social donde la vida del hombre y de las colectividades hallan en el trabajo, en el arte y en la ciencia los recursos necesarios para elevar la vida de la humanidad a un estado social de más belleza, de más justicia y más libertad.

A N D A



## SOBRE EL TERRORISMO

Tres cartas de Eliseo Reclús

A Roorda van Eysinga.—

Cap. 9—IV—92.

Amigo mío,

He recibido su segunda carta. Vd. debe estar ahora en completa paz consigo mismo y darse cuenta con toda claridad de su deber personal. Desde un cierto punto de vista, tenemos que felicitarnos de que los acontecimientos exteriores vengan a forzarnos así a exámenes de conciencia. Por lo demás, no se trata aquí, de estos asuntos de detalle, en los cuales se mezclan, en proporciones desconocidas e imposibles de conocer, los instintos o las ideas anarquistas, la vanidad, la torpeza y las maniobras de la policía; sino que se trata sólo de nosotros mismos, de los principios que deben regir nuestros actos y de los medios que tenemos que emplear. Los principios, estamos de acuerdo: desarrollar más y más la iniciativa y la fuerza personales; ir más y más a la solidaridad social, al respeto y al acuerdo mutuos, a la colaboración fraternal. En cuanto a los medios ¿no deben ser una propaganda, como nuestras ideas y nuestra vida entera? El que ha hecho el sacrificio de su vida, como Kilbaltchich, o como Perovskaya, encontrará ampliamente los medios de morir bellamente, así como me lo decía, hace algunos años, mi buen y querido camarada Martín, hoy cautivo en la prisión de Cap. Y la pasión de la propaganda abnegada no debe impedir el método y la ciencia, la seguridad matemática de la ejecución. Es preciso saber, como un ingeniero, calcular las fuerzas de ataque y de resistencia, los efectos inmediatos y las consecuencias lejanas.

Es mi opinión que, en estos asuntos, el azar y la pasión han tenido un rol mayor que la ciencia y la abnegación; pero la sociedad enloquecida, representada por los magistrados y los legisladores, está en tren de cometer torpezas sobre torpezas, que le harán perder las ventajas proporcionadas por los bombistas.

Estaré probablemente en Ginebra el lunes y el martes. Si por casualidad va Vd. allá esos días, tendré la alegría de verle y de hablarle.

Muy afectuosamente

A Lilly Zibellin-Wilmerding.—

Sèvres, 7-VI-92

Hermana y camarada, No he respondido durante estas dos o tres semanas, pero tengo siempre su imagen presente y Vd. lo ha sentido. No pido, pues, perdón, pues yo le ofrezco, más que una carta, mi amistad ferviente.

Sin embargo, por amigos que seamos, puede suceder que no estemos de acuerdo. Ciertamente, admiro el alto carácter de Ravachol, tal como se ha revelado a través de los debates de policía. No es preciso decir también que considero toda revuelta contra la opresión como un acto bueno y justo. "Contra la iniquidad la reivindicación es eterna". Pero decir que "los medios violentos son los únicos realmente serios", ¡oh no!, equivaldría a decir que la cólera es el más serio de los razonamientos! Tiene su razón de ser, tiene su día y su hora, pero la lenta penetración del pensamiento por la palabra y por el afecto tiene otro poder mayor. Por definición misma, la violencia impulsiva no ve más que el objetivo; se precipita a la

# ESBOZO DE HISTORIA DE LAS UTOPIAS

V

A partir de 1889 la literatura utópica recibió una renovación brusca y extraordinaria por la publicación del libro *Looking Backward 2000-1887* (Mirando hacia atrás, 2000-1887) por el escritor americano Edward Bellamy. Una edición de Boston y New York (Riverside Paper Series, 21 septiembre de 1889) se dice el 220 millar. A partir de 1890 las reimpresiones inglesas baratas se encuentran por doquier: hubo cuatro al mismo tiempo; en 1896 se produjo una edición a un penny (Manchester Labour Press); en Alemania el libro entra en las series más populares y baratas entonces y es enormemente difundido desde 1890. Existen otras numerosas traducciones, y en 1897 hay otra novela de Bellamy, que continúa y explica la primera: *Equality*, New York, teóricamente superior a *Looking Backward*, pero que no tuvo el verbo ni la boca de ésta y no afectó ya la imaginación del gran público.

Pero el éxito imenso del libro de 1889 muestra que una utopía bien hecha sabe abrirse camino en un público, con centenares de miles de ejemplares, que el libro y el folleto teóricos no convencerán. Apenas hay dos o tres libros socialistas que salieron un poco del medio tocado por la propaganda, y son el libro de Bebel *La mujer y el socialismo*, el de Robert Blatchford *Merry England* (Inglaterza dichosa), 1894, y no me atrevo a nombrar otros, salvo los libros presentes de Bertrand Russell: pero ¡cuál no ha sido la circulación de los libros de Octave Mirbeau y de Anatole France, de Upton Sinclair, de Tolstoy, etc.! La literatura educativa o didáctica no es todo; las ideas exigen que se las condimente mediante el arte y la imaginación. El público no sólo es ávido de sensaciones, cualidad poco interesante, sino que la curiosidad y el deseo de un porvenir mejor no se han extinguido aún en él y sigue a quienes tienen aspecto de levantar un pedazo del velo. ¡Qué interés no encontré Camille Flammarion, el cual, al popularizar la astronomía, dejó tantos problemas — los de la habitabilidad de los otros globos — en un claro oscuro que excitaba la curiosidad! Su libro *Mundos imaginarios y mundos reales. Viaje pintoresco por el cielo...* París, 1865 y la 25 edición en 1910, resume también las fantasías utópicas concernientes a los otros mundos; el sabio sueco Svante Arrhenius ha re-

justicia por la injusticia; ve "rojo", es decir: el ojo ha perdido su claridad. Esto no impide de ningún modo que Ravachol, tal como yo lo ve y como se lo representará la leyenda, no sea una gran figura...

## Al periódico "Sempre Avanti", de Liorna.

Sèvres, 28 de junio de 1892  
Querido amigo,  
No soy responsable de los cuentos de los periódicos que se inspiran en los cachichos de la multitud o en la pasión del momento.  
Pero si leyérais *La Révolte*, donde yo escribo de tanto en tanto y de la cual comparto las ideas, heribais visto que, lejos de lanzar el anatema sobre Ravachol, admiro, al contrario, su valor, su bondad, su grandeza de alma, la generosidad con que perdona a sus enemigos, aun a sus denunciantes. Conozco pocos hombres que le sobrepasen en nobleza...  
Reservo una cuestión por elucidar: ¿Es necesario ser su propio justiciero, sin dejarse detener por consideraciones tales como el sentimiento de la solidaridad humana, por ejemplo? Pero no estoy menos convencidos de que Ravachol es un héroe de una magnanimidad poco común.  
Mi opinión, por lo demás, importa poco; la de los periódicos no importa más.  
Estudad vosotros mismos la cuestión, formáos una opinión sincera y razonada: esa será la verdadera.

Recibid mis saludos  
EISEO RECLUS

novado ese interés mediante hipótesis que han fertilizado la imaginación de los utopistas (como Kurd Lasswitz en su libro *Sternentau* (Rocio de las estrellas), 1909, o bien Fabre descubre la vida de los insectos, otros se especializan sobre las abejas y las hormigas, Wilhelm Bolsche nos introduce en la vida del amor de la animalidad, Otros como Andrew Lang popularizan el *folklore* y los misterios de la historia, enigmas perpetuos que excitan siempre el interés. Esa amplia curiosidad y ese vago deseo de avanzar hacia lo desconocido es explicada por el gran interés concentrado un cuarto de siglo en los escritos de Jules Verne que jugó el papel de virtuoso, de profesional, no de hombre de ideas, y de conservador, aunque mezclándose siempre a los problemas más avanzados en toda la gama del cuadro y de las partes componentes de la utopía, ciencia y mecánica, mundos nuevos y hasta algo las cuestiones sociales.

En América del norte, el gran desenvolvimiento del capitalismo había formado un público alerta y curioso; no escuchó lo que dijeron los socialistas y los anarquistas, y el movimiento, desde el 1° de mayo de 1886 hasta el martirio de los anarquistas de Chicago, el 11 de noviembre de 1887, no fué comprendido por el público, que quedó bajo la tutela de sus periódicos y políticos capitalistas, pero a quien, al contrario, algunas personas supieron atraer, presentándoseles una forma que, de un modo u otro, salía del nivel, quizás demasiado didáctico o unilateral, de la propaganda. Fueron en los años 1880-90, sobre todo Henry George y su aserción del *remedio único*, el *single tax*, el impuesto sobre la tierra, panacea; fueron por algún tiempo Powderley y los Knights of Labor y fué, en 1889, el libro de Bellamy *Looking Backward* y la cuestión de la aplicabilidad de esas ideas. De un modo u otro, esas personas y sus objetos, muy poco avanzados todos, han afectado cuerdas que las ideas avanzadas, presentadas completamente con reititudo por los anarquistas de Chicago y por Johann Most, no han podido aceter. Deduzco de ello — no que las ideas y el nivel, los prejuicios del público deberían ser respetados, sino que hay maneras de presentar una causa al público que otros que nosotros saben encontrar a veces felizmente y que nosotros no sabemos encontrar o, de lo contrario, nuestra causa tendría hoy más prestigio en el mundo.

Bellamy, que no es un socialista sino un observador desinteresado de la vida social, había visto dos cosas — el inmenso progreso mecánico continuo gracias a la cooperación, técnicamente tan bien organizada, de las fuerzas obreras guiadas por expertos, — y la evolución inevitable, si no estaba detenida, que hizo caer todas las riquezas de los Estados Unidos en poder de los capitalistas individuales o *coalgados* (trust): concluye que la nacionalización (socialización) de los instrumentos de trabajo y de las riquezas naturales y sociales se imponía y que entonces, gracias a la cooperación perfeccionada, cada cual gozaría de un nivel de bienestar accesible hoy sólo a los privilegiados. No se preocupaba de la cuestión de la libertad, y quedó satisfecho con que en una tal sociedad el gobierno político no tuviera que hacer y que el gobierno industrial, guiado por la ciencia y la experiencia, sabría hacer el bien.

Esas ideas muy sencillas interesaron verdaderamente al gran público y se pidió su realización. Bellamy se prestó a esos esfuerzos, y se creó el movimiento llamado *nacionalista* que devolvería a la nación lo que los privilegiados acapaban para sí solos. Véase, por ejemplo, el artículo de Bellamy *What "Nationalism" means* (Lo que quiere decir el "nacionalismo") en *Contemporary Review*, Londres, julio de 1890, págs. 1-18; igualmente su revista mensual *The Nationalist*, Boston, y otros periódicos de esa propaganda en Washington, Chicago, Denver, Los Angeles, San Francisco etc. y las explicaciones maduras y reflexionadas de Bellamy en *Equality*, 1897; después, y ya entonces, el impulso se debilitó y la propaganda se extinguió.

En los primeros años hubo una viva discusión por medio de folletos y *antite-*

*pias*; hubo utopías desbastadas rápidamente para aprovechar la coyuntura y hubo la crítica socialista y anarquista. En tanto que recuerdo esos tiempos, apreciéndolos según mi punto de vista de hoy, se hizo aproximadamente lo contrario de lo que tal vez se habría podido hacer. Se estaba por primera vez frente a un interés muy amplio que ponía en tela de juicio el monopolio capitalista; habría sido necesario encontrar medios de reasorzar, de intensificar ese interés, pero se decía más bien a Bellamy y a sus adeptos, por todas partes: nosotros, los socialistas hemos dicho todo eso desde hace mucho tiempo, no tenéis más que ingresar en nuestro partido; o se les hicieron objeciones, teniendo cada cual cuidado de quedar en su casa, en su partido, e invitando al mundo a unirse a ese partido, lo que no fué hecho. Los anarquistas de entonces estaban demasiado indignados por los asesinatos judiciales de Chicago y el estatismo de Bellamy les repugnaba; sería precioso releer las impresiones de Kropotkin (*La Révolte*, 30 de noviembre al 28 de diciembre de 1889: *El siglo veinte*); sé que Kropotkin había leído más tarde con muy gran interés el libro de 1897, *Equality*, y que hablaba muy bien de él. Por tanto el socialismo constituido se atuvo sobre todo a su dignidad y no se cuidó de Bellamy, ni Bellamy de él, y además le era preciso, como representante de la ciencia (marxista), despreñar totalmente la utopía, que apenas fué tolerada en Bebel; éste, en *La mujer y el socialismo* y también al ocuparse de *Prourier* en 1888 había mostrado interés utópico considerado poco científico por los guardianes de la teoría.

Sin embargo, el impulso de Bellamy hizo nacer algunas otras utopías que, sin eso, no habrían quizás visto la luz, o que no habrían sido advertidas de tal modo. La más notable es *New from Nowhere*. (Noticias de ninguna parte) por William Morris, entonces de la *Socialist League*, Londres; apareció primero en el órgano de esa sociedad socialista revolucionaria, de la que fueron miembros muchos anarquistas, *The Commonweal*, 11 de enero al 4 de octubre de 1890 (Noticias de ninguna parte, o una época de reposo, algunos capítulos de una novela utópica); en libros, 1891 y otras ediciones, una de ellas en la famosa serie *ejecutada artísticamente* por la *Kelmscott Press*, donde cada letra, cada ornamento, fueron dibujados por Morris; hubo numerosas traducciones. Es una de las utopías más graciosas que incorporan las concepciones artísticas de Morris a su socialismo, ampliamente libertario, aunque no haya profesado nunca el anarquismo. Sabía, como artista y como obrero en arte, en qué grado se entrecruzan el trabajo y el pensamiento individual y colectivo para llegar a producciones de un nivel elevado, y entonces ese anarquismo bastante amorfo, muy vago, que oía algunas veces preconizar entonces, no le bastaba, pero eso no es más que cuestión de palabra: su utopía es sinceramente libertaria y una de las más bellas que existen. Había descrito ya un pequeño cuadro del día siguiente de la revolución en la pieza satírica *The Tables turned* representada por él mismo y sus camaradas el 15 de octubre de 1887 y otras veces más aún, — y había resuscitado escenas de rebelión de la edad media (*Un sueño de John Ball*, 1888. Desgraciadamente, el año mismo de la publicación primera de la utopía, 1890, en otoño, la disgregación de la Socialist League restringió la acción de Morris que pronto se retiró casi completamente a sus bellos trabajos de poesía y de la *Kelmscott Press* y murió ya en 1896; por tanto esa utopía fué casi su canto de cisne en el vasto movimiento socialista a que se había entregado desde hacia ocho o nueve años, con intensidad.

Otra utopía del mismo año 1890 es muy curiosamente libertaria, aunque el autor fué un economista burgués de algún renombre, el doctor Theodor Hertzka, fallecido en 1924. *Freiland, ein soziales Zukunftsbild*, Leipzig, 1890 — el prefacio está fechado en octubre de 1889 — XXXIV, 677 págs.; está abreviada en las ediciones siguientes, de las cuales la décima es de 1896, XXV, 333 págs.; traducción inglesa en 1891. Existe aún *Eine Reise nach Freiland*, 1893, y *Entrückelt in die Zukunft, Sozialistischer Roman*, 1896 (Relegrado en el porvenir). Varios periódicos en Viena, en Amsterdam, en Copenhague, en Londres, en New York, etc. cuentan todas las etapas del movimiento que reunió durante algunos

años un gran número de entusiastas. Se trata esta vez de la iniciativa de un hombre dispuesto a la fundación, sobre un terreno nuevo, fértil y aislado, de una colonia asociada que dispusiera de bastantes medios para comenzar el trabajo en una amplia escala. Hertzka deseaba llegar al máximo de libertad y al mayor bienestar de cada uno por el libre acceso de todos a las diversas asociaciones, pensando que las ventajas disminuidas de asociaciones llenas de miembros serían el regulador de la atracción que cada grupo ofrece. Propone, pues, bajo todos los aspectos, una libertad, por decirlo así, automática, garantizada por las instituciones e independiente de personas. Ese sistema, llamado *Sozialliberalismus*, es ciertamente una vía para llegar con el mínimo de fricción a un máximo de libertad personal, el todo en asociaciones que la experiencia técnica mantiene en un nivel de alta eficacia. Es, si queréis, el socialismo y la anarquía misma, como trataría de realizarla un hombre de negocios. Esa colonia debería ser creada sobre la meseta de Kenia, montaña que a esa altura posee un clima templado, en el este de África, de dominación inglesa, pero el gobierno inglés, solicitado para permitir esa colonización la impidió y no se encontró ningún otro terreno; entonces los centenares de hombres reunidos para ese fin, se dispersaron. Ninguna colonización europea moderna estaba tan dispuesta a obrar como ésta.

A consecuencia de ese movimiento se discutió mucho en Alemania las *Siedlungsgenossenschaften* (Asociaciones colonizadoras) y principalmente el doctor Franz Oppenheimer, ha tratado de profundizar esa idea, rechazando el marxismo y sentando la necesidad de la libertad. Ha escrito primeramente *Freiland in Deutschland*, 1895, incitando a los discípulos de Hertzka a fundar su tierra libre en Alemania misma, y estudió mucho estas cuestiones de las agrupaciones agrarias en grandes volúmenes.

Un antiguo fabricante alemán, Michael Flürscheim, ha preconizado paralelamente la colonia agraria en libros y folletos y en la utopía *Deutschland in 100 Jahren*... 1887; se ha entregado más tarde enteramente a esa idea e hizo grandes viajes por México, Nueva Zelandia, para examinar las colonias existentes. También él reconoció siempre la necesidad de la libertad en esas empresas; esos hombres, Hertzka, Oppenheimer, Flürscheim, buscaban todos la síntesis de libertad y de eficacia que conviniera más para asegurar la marcha práctica de las asociaciones.

Al fin las colonias integradas no habían producido aún nada de definitivo, pero un hombre que se especializaba, ha alcanzado, sin embargo, un fin definido por medio de una utopía (sin cuadro); fué Ebenezer Howard, autor de *To-Morrow...* (Mañana, una vía pacífica hacia la reforma real, Londres, 1898), el libro que inició el movimiento de la *Garden City* (Ciudad-jardín). Ese movimiento ha realizado la construcción de la ciudad de Letchworth, al norte de Londres, que está definitivamente fundada, y la de numerosos barrios y casitas y jardines en los alrededores de las grandes ciudades, sobre todo en Inglaterra, en Alemania y en los Estados Unidos. Uno de nuestros camaradas, Bernhard Kampfmayer, fué el que inició ese movimiento en Alemania, y otro de nuestros camaradas, Harry Kelly, es aún en este momento el alma de la creación de aldeas libres con escuelas modernas y un máximo de terreno en jardines y de instituciones sociales en común, alrededor de New York. Por razón de los ambientes diversos, esas sociedades se han dividido, es verdad, en las de hombres acomodados que se alojan suntuosamente y las de obreros que no han podido procurarse más que la casita más modesta, y además las consecuencias de la guerra en la Europa central arruinada han hecho imposible la continuación independiente de esas construcciones y, como en Viena, han subordinado todo lo que se hace aún a la tutela municipal y estatista, que se ocupa de ellas a título de suplir la falta terrible de alojamientos. Por otra parte, un gran número de hombres, unidos por la falta de alimentos durante y después de la guerra, a las ideas de hacer por sí mismos, de cultivar por sí un poco de terreno en sus horas de ocio, se han interesado en esa cuestión, y acercaban la idea de abandonar los cuarteles de proletarios de las ciudades y de entrar en contacto

con la naturaleza. Así, pues, esa idea de hacer de nuevo a los hombres completos, de colmar el abismo abierto entre la ciudad y la campiña hace progresos y eso es al menos una pequeña utopía puesta en buena ruta.

Los anarquistas habrían querido obrar más vastamente sobre ese terreno. Pedro Kropotkin, en sus artículos constructivos de *La Révolte*, reunidos en *La conquista del pan* (París, 1892, XV, 298 págs.) no ha hecho otra cosa que dar las bases y las razones de su utopía personal de la que tenemos también un fragmento exquisito en el artículo inglés de octubre de 1888: *The Industrial Village of the Future*, que forma parte de *Campos, fábricas y talleres*. Esa reunión de ciudad y campiña, de trabajo muscular y cerebral, la industria descentralizada y la agricultura intensiva habrían creado las bases del equilibrio social y político, autonomizando toda localidad en cuanto a sus necesidades principales, de suerte que el cambio con otras localidades se limitaría a los objetos de menor importancia y que, por lo tanto, ninguna preponderancia o superioridad de una localidad o de algún centro podrían nacer. Esa es la esencia de la utopía de Kropotkin: sería deseable que eso fuera así, pero no hay ninguna prueba de que lo sea.

Un anarquista que desee profundizar esas ideas por el experimento, fué Gustav Landauer, asesinado el 2 de mayo de 1919. Vió primeramente un medio constructivo en la cooperación; véase *Ein Weg zur Befreiung der Arbeiterklasse*, Berlín, sin nombre de autor, en mayo de 1895; más tarde amplió sus ideas en las *Dreissig sozialistische Thesen* (enero de 1907), en su gran *Aufruf zum Sozialismus*, 1911, nueva edición en febrero de 1919, y en el periódico *Der Sozialist*, a partir del 15 de enero de 1909, el órgano de la asociación *Sozialistischer Bund*. Su fin era entonces la creación de asociaciones libres agrícolas e industriales, sea localizadas, sea esparcidas y en el ambiente que las circunstancias impusieran a cada uno, y la práctica de las diversas ideas de organización social en esas asociaciones, porque Landauer, tanto como estimaba a Kropotkin, estimaba igualmente a Proudhon, y se habría dejado a la experiencia determinar la preferencia entre comunismo, colectivismo y mutualismo. Por tanto, trazó el cuadro de una vasta experimentación, y hasta esperaba encontrar los medios prácticos en el invierno de 1918-19, pero la catástrofe que le mató intervino, y nadie ha continuado aún su obra.

En suma, una carta de Kropotkin a los camaradas que en el norte de Inglaterra, en Clotsden Hill, en los alrededores de Newcastle-on-Tyne, fundaron una pequeña colonia, resume las dificultades que hombres como él, constructores teóricos, experimentan ante una aplicación práctica en las circunstancias presentes, en medio de la sociedad capitalista, antes de la revolución social. Se encuentra esa carta en *Les Temps Nouveaux* del 9 de mayo de 1896. Lamento ver a los amigos substraerse a la obra de la propaganda y de la emancipación definitiva, para entregarse enteramente a un ensayo, quizás abortivo, que puede llevar a una desilusión completa. Piensa que será bueno quedar en los alrededores de las grandes ciudades, para disfrutar de sus recursos, y no aislarse en los países lejanos. No se tiene necesidad de desmontar el terreno virgen por un trabajo duro. Sería preciso abrir nuevas vías a la producción y al consumo por el cultivo intensivo, la horticultura perfeccionada, la producción de materias de primera necesidad en frutos y legumbres en invernaderos. Sería preciso, además, renunciar a una vida colectiva de las familias como en los conventos, a causa de la economía de víveres, combustibles y locales; al contrario es preferible agruparse separadamente entre familias y amigos. Una autoridad cualquiera sería siempre la señal de la caída; que se haga como los campesinos eslavos, que discuten una cuestión hasta llegar a la unanimidad. Los trabajos domésticos (de la mujer) serían reducidos al mínimo y aliviados por las máquinas en lo posible. Lo que importa en primer lugar son las proporciones de la empresa, que sea hecha en una escala bastante grande; sería preciso, para conseguir algún resultado definitivo, la organización de una ciudad de 20,000 habitantes por lo menos, donde el alojamiento, muebles, alimentos, vestidos estuvieran convenientemente repartidos y donde grupos libres

enseñaran las necesidades artísticas, científicas y literarias de cada uno. Si se comienza con menos que nada, nos acecha la miseria y ésta nos dispersará; además los trabajos iniciales de la tierra son difíciles para los obreros de las ciudades. Si la colonia prospera acudirán nuevos elementos, los desarraigados, los menos capaces; he ahí un gran escollo; no se puede rehusarles la admisión, y si se les admite a todos, se corre el riesgo de naufragar. No quiere desalentar, sino prevenir.

He ahí cómo, ese hombre que animaba todo esfuerzo libertario, vacila en esa ocasión, siente que se lucha contra dificultades demasiado grandes, que la fuerza que se podía reunir (en esa ocasión) era demasiado pequeña para poder triunfar. Lamento no tener ante los ojos lo que Eliseo Reclus escribió en *Les Temps Nouveaux* sobre las colonias anarquistas, 7 de julio de 1900, con ocasión de la obra teatral *La Chânière* que ponía en escena una colonia fatalmente desunida.

Un anarquista italiano, Giovanni Rossi, nacido en 1855 en Pisa, escribió en 1876 *Un Comune socialista* publicada en 1878, la utopía de una aldea, bien escrita y práctica, que culmina en el comunismo anarquista, aunque basado en el origen en un acto de benevolencia voluntaria del propietario. Fué él quien inspiró y emprendió la colonia Cecilia en el Brasil, en el Paraná (1890-1894), donde campesinos y obreros italianos, anarquistas y otros, en la colección *Utopie und Experiment*, reunida con mucho cuidado por el camarada suizo Alfred Sanftleben (Zurich, 1897, VII, 342 págs.), libro que vale la pena releer, como acabo yo de hacerlo.

## Informe oficial del segundo congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores Celebrado en Amsterdam del 21 al 27 de Marzo de 1925

### TERCER DIA DE SESIONES — 28 DE MARZO

El delegado español está enfermo y no puede asistir a la sesión de la mañana. La discusión sobre la resolución Rocker continúa.

Borghì dice que la discusión sobre las diversas tendencias del movimiento obrero habría sido suficientemente tratada, si los representantes de los distintos países hubiesen dado un informe verbal. El orador considera liquidada la resolución Schapiro sobre la próxima unificación de Amsterdam y Moscú, pues hemos aprobado la escisión en Holanda y en Francia. La organización sindical revolucionaria debe mantenerse, y en cuanto a la conducta frente a otras organizaciones, es preciso conservar las manos libres. Por otra parte, la situación actual de Italia, hace necesario bajo la dominación fascista, tener algún contacto con otras fuerzas para poder realizar eventualmente acciones comunes contra la reacción fascista. Hay en Italia, por ejemplo, muchos anarquistas individualistas que son adversos a la organización, pero que sin embargo luchan con nosotros y en pro de la liberación del proletariado. Y con ellos podemos marchar un trecho del camino. Se refiere luego a la funesta tradición unitaria del sindicalismo francés, y expone gráficamente sus características actuales. Dice que no debemos tener miedo alguno de los anarquistas, y menos ponerlos al mismo nivel de los partidos autoritarios, como se hace en algunos países. Con respecto a los I. W. W. sostiene que no debe considerarse el asunto tan unilateralmente como lo hacen los camaradas argentinos. Los I. W. W. son algo distinto de Amsterdam y de Moscú. Las camaradas de Italia y de Portugal están en cordiales relaciones con ellos. Una resolución especial sobre el asunto no sería oportuna. El orador advierte a la delegación argentina que los I. W. W. no son como la F. O. R. A. En la F. O. R. A. la mayoría son anar-

quistas, pero no en todas partes sucede lo mismo. El secretario de la U. S. I., Giovanetti, no es anarquista, y sin embargo es uno de los mejores compañeros. Si se le quisiera excluir porque no es anarquista, el movimiento saldría enormemente quebrantado.  
Kater señala el informe del compañero Besnard, que hasta aquí ha sido miembro del bureau administrativo de la A. I. T. En ese informe se plantea la pregunta si después de la fusión de Amsterdam y Moscú, continuará existiendo la A. I. T. o no. El orador dice que se rehúsa absolutamente a entrar en un pantano, que quiere más bien crear oasis en ese pantano para combatir desde fuera el espíritu del centralismo. La resolución de Schapiro ha surgido seguramente como reacción contra el punto de vista de los compañeros franceses. — Se habló en el congreso contra el párrafo final de la resolución Rocker. ¿Qué dice ese párrafo final? Dice que podemos ir juntos con otras tendencias del movimiento obrero en ciertos momentos, cuando la acción a emprender no está en contradicción con nuestras aspiraciones y objetivos. En Alemania, en nuestra declaración de principios, tenemos un pasaje semejante, por consiguiente no tenemos nada que objetar contra la resolución en la forma actual.

Las relaciones con las organizaciones no adheridas, debieran en lo sucesivo ser mantenidas por la A. I. T., mediante las organizaciones ya adherentes, si existen en el país respectivo. La comisión de redacción podrá tener en cuenta eso en sus trabajos y elaborar tal vez una moción en ese sentido. Con una Internacional que no sea sindicalista no tenemos nada que ver. Las únicas organizaciones que pueden adherirse a la A. I. T. son las organizaciones sindicales nacionales. Si quiere adherirse alguna otra organización de un país en donde ya existe una organización adherida, será preciso que se interroge primero a la organización adherente. De esa forma se evitarán discusiones.  
Santillán. — Una gran parte de la discusión sobre la resolución Rocker habría podido evitarse si se hubiera observado que el original francés, que habla de "entente" en momentos especiales, y con lo cual no estamos de acuerdo, no refleja exactamente el pensamiento del original alemán, escrito por Rocker. En alemán no existe la palabra entente, sino una equivalente a "coincidencia de acción", que es distinto. La "entente" supone pactos previos, compromisos, y nosotros no queremos realizar ningún pacto con organizaciones que siguen una vida distinta a la nuestra. Eso no nos impide apoyar una acción colectiva espontánea como la producida en ocasión del asesinato de Wilckens, en la que tomaron parte todas las fracciones del movimiento obrero.  
Lansink, Holanda, presenta una moción según la cual en cada país sólo puede adherirse a la A. I. T. una organización sindical nacional.  
Borghì no considera conveniente discutir ahora esa moción.  
Soucy señala los estatutos en donde están prescritas las condiciones de admisión. La moción presentada significaría una modificación de los estatutos, y por tanto se discutiría al entrar a considerar las modificaciones de los estatutos. Lansink se declara de acuerdo.  
El orador habla luego de la disidencia con motivo de los I. W. W. y lee el artículo calumnioso del órgano de los I. W. W. como así mismo la carta escrita por el secretario al comité ejecutivo de los I. W. W. Esa carta no obtuvo respuesta. Pero unos días antes de ser publicado el artículo calumnioso recibió el secretario del secretario general de entonces, Beyle, una amistosa carta. Poco después, en el 15 congreso, el comité ejecutivo fué depuesto y se produjeron claras disidencias internas. Probablemente hay que atribuir a eso el no haber recibido hasta ahora respuesta alguna a nuestra carta. Momentáneamente muchas secciones de la A. I. T. mantienen relaciones amistosas con los I. W. W., como los camaradas italianos, los portugueses, los suecos. Propone que se comisione al secretariado para dirigirse a los I. W. W., a fin de exigirles formalmente que cesen las campañas calumniosas contra la A. I. T.

Borghì llama la atención sobre las relaciones de la sección italiana de los I. W. W. con la U. S. I. y espera que se podrá influenciar la parte americana por medio de las secciones que simpatizan con nosotros.  
En la sesión de la tarde se continúa la discusión sobre la resolución Rocker.  
Díaz, Argentina, considera demasiado europea la resolución previa de Schapiro, y además, como todo lo que en ella se dice, está contenido en la resolución Rocker, propone la aceptación de la resolución Rocker. El orador advierte que Borghì no ha interpretado su opinión sobre los I. W. W. y ha refutado conceptos que él no ha vertido. Su afirmación es que los I. W. W. constituyen por sí mismos una Internacional y que no pueden adherirse por tanto a la A. I. T.  
Silva Campos, Portugal, califica de utopía la unidad con los social-demócratas y los comunistas y se expresa a favor de la resolución Schapiro, donde se define claramente esa cuestión.  
La discusión es terminada sobre este punto; las distintas proposiciones y modificaciones deben pasar a la comisión de redacción.  
Se pone a discusión el punto sobre la posición de la A. I. T. con respecto a las luchas cotidianas. Relatores: Lansink, jr., Holanda, y J. Díaz, Argentina.

Max Nettlau  
(Continuará)



Lansink jr advierte que el congreso ha discutido hasta ahora solo cuestiones teóricas, pero para una organización sindical es también necesario el interés por las cuestiones prácticas, pues también éstas son importantes. La sociedad actual implica para la clase obrera grandes incomodidades. Las masas son cada vez más esclavizadas y debemos hallar un camino que nos permita elevar el nivel material y moral de las masas. Sólo entonces sabrán apreciar y dignificar nuestras ideas y aceptar nuestro ideal. En Holanda mismo, hay obreros que viven bajo las peores condiciones; lo mismo ocurre en casi todos los países. A esos obreros se les debe señalar el camino y los medios susceptibles de aliviar su situación. Nosotros no queremos aliviar esa situación mediante leyes, sino por medio de las acciones del proletariado, de abajo a arriba. Debemos aspirar a tomar en nuestras manos la producción y el consumo y comenzar ya hoy, prácticamente, a obrar en ese sentido.

Pero las luchas prácticas del proletariado no deben limitarse al dominio económico; deben extenderse también al dominio político. Tenemos el fascismo en un país, la dictadura militar en el otro, el putsch de Kapp en un tercero. Esos fenómenos reaccionarios deben ser combatidos. Y si el proletariado consigue combatirlos, no por eso se pierde el socialismo. En Holanda mismo, la reacción no es actualmente tan fuerte. El escribió una enérgica carta al ministro del interior a causa de la negativa a permitir una gira de propaganda a Rócker por Holanda. Si eso mismo hubiera sido hecho en Rusia, el autor de la carta seguramente no habría quedado muchas horas libre.

Pero si queremos dirigir una lucha victoriosa contra la reacción y por los mejoramientos prácticos de la situación del proletariado, entonces esa lucha debe operarse en una vasta plataforma. Por esa razón no podríamos expulsar los miembros de nuestra organización que pertenecen todavía a un partido político. En todas las luchas por el objetivo final no debemos olvidar las luchas prácticas cotidianas. El orador se atiene al proverbio: cuando no se tiene lo que se quiere, entonces se debe querer por lo menos lo que se puede. Más vale pájaro en mano que ciento volando. Debemos quedar en el terreno de la realidad y tomar parte en las luchas prácticas para elevar la situación de la clase obrera con los medios revolucionarios que están a nuestra disposición. Eso debería confirmarlo el congreso en una resolución, que el orador elaborará y presentará a los congresales.

Díaz, Argentina, se manifiesta completamente de acuerdo con la idea fundamental de la exposición de Lansink. Precisamente el punto de disidencia entre los anarquistas, es ese: unos son partidarios de la acción práctica para la conquista de más pan y de más libertad, sin olvidar el objetivo final, y otros solo se atienen a abstracciones futuristas.

Habla de la situación actual, de depresión y de crisis; las grandes masas no se sienten atraídas a las organizaciones. Recuerda el período de entusiasmo y de combatividad de la conquista de las ocho horas. Hoy, ese estímulo que movía las grandes masas ha cesado de tener una virtualidad y es preciso buscar una consigna que vuelva a infundir entusiasmo a los trabajadores. Si encontrásemos esa palabra de orden, comprensible y popular, la reacción desaparecería inmediatamente, porque hoy triunfa sólo porque las masas están adormecidas y se muestran indiferentes a todo. Una aspiración que no puede morir nunca en la clase obrera es la de la conquista de menos horas de trabajo. Las circunstancias la interrumpieron, aunque no ha desaparecido nunca la idea. El Sindicato de Pintores Unidos, de Buenos Aires, ha luchado es estos últimos tiempos por las siete horas y las ha ganado, aunque después hubo de cederlas de nuevo. Hace tres años los pintores de Tucumán, a quienes el orador pertenece, sostuvieron casi un año la jornada de las 7 horas. Dice que la resistencia capitalista es igual si la demanda proletaria es menor o mayor; donde existe una voluntad de lucha, lo mismo cuesta conquistar las seis horas que defender la jornada de ocho. Recuerda los sucesos de Chicago y el escándalo que produjo la exigencia de la jornada de ocho horas, cuando se trababa 10 o más. Exhorta al congreso a pronunciarse a favor de una campaña internacional en pro de la reducción de la jornada.

nada. Esa disminución es ya necesaria por el hecho mismo de la desocupación reinante en todos los países. Esa desocupación y el ejército de reserva que crea, es el arma más poderosa en manos del capitalismo y del Estado, y significa nuestro aniquilamiento.

Pfemfert, Alemania, pide la palabra para una moción de orden, y dice que hubiera querido hablar después de la conferencia de Rócker, pero se resolvió esperar la traducción, lo cual no se hizo por la mañana. Rócker responde que en el mismo caso está Carbó, pero que la discusión podrá continuarse cuando la comisión de redacción presente lista la resolución. Pfemfert y Carbó se declaran de acuerdo.

Rócker constata con satisfacción el acuerdo entre Lansink, el frío germano, y Díaz, el ardiente argentino, en el asunto de las luchas cotidianas y ve en ello un buen signo para ulteriores coincidencias. Explica la cláusula de la F. A. U. D. que impide la admisión en la organización de personas que pertenezcan a un partido político, pero está lejos de hacer la misma proposición en un congreso internacional. Eso debe quedar a criterio de los distintos países. Se refiere a su folleto reciente: "La lucha por el pan cotidiano" y sostiene que quien no reconoce esa lucha, no quiere tampoco el socialismo. Los mejoramientos dentro de la sociedad actual son posibles para los trabajadores y por consiguiente deben conquistarse. La llamada ley de bronce de los salarios, de Lassalle, es un error. La situación de los trabajadores se ha mejorado considerablemente en comparación con el período inicial del capitalismo. Hoy mismo hay diferencia entre la situación material de los trabajadores ingleses y la de los alemanes. Todo eso demuestra que dentro de la sociedad actual hay condiciones mejores y peores, y nosotros debemos aspirar a la conquista de las mejores. Las luchas por más altos salarios, deben ser consideradas como condición para la abolición del capitalismo. También la lucha contra la dictadura, por la libertad de reunión y de asociación, tiene su significación profunda. El orador recuerda las luchas históricas de los revolucionarios españoles, que habían escrito ya en sus banderas en 1850: "Asociación o muerte". No queremos considerar las luchas por el pan cotidiano como un mal, sino como una necesidad.

Pfemfert declara que su organización está siempre de acuerdo con los puntos de vista de Rócker. Las declaraciones hechas aquí, sin embargo, están expuestas a malentendidos por parte de nuestros



adversarios. Quiere solo añadir más claramente que bajo la significación de luchas prácticas cotidianas, debe entenderse luchas antiparlamentarias. En Alemania hay elementos que consideran con desconfianza toda organización. Hay individualistas que elevan a la categoría de principio la ruptura de las huelgas. Han contribuido mucho a la diseminación de las organizaciones revolucionarias; por eso debemos prevenirnos contra ellos. Toda lucha debe ser sostenida por las organizaciones revolucionarias. Así se ha comportado hasta aquí la A. A. U. E. que él representa. Tal vez tiene una visión distinta a Lansink de la situación internacional. Según su opinión, el capitalismo se encuentra momentáneamente en una crisis mortal. No sería, pues, del todo difícil asestarle el golpe de gracia si los malditos partidos no escindieran el proletariado. Alemania es, en ese concepto, un país único, y la confusión del proletariado podría servir de ejemplo. La lucha fortalece la conciencia de los trabajadores y los educa. Los trabajadores deben prepararse ya hoy para la toma de la producción. Nosotros decimos con los sindicalistas que la fábrica es el lugar

más importante para la organización del proletariado. En la fábrica, los trabajadores están ya unidos. Por eso debía utilizarse la fábrica para provocar en las masas el pensamiento de la expropiación de los expropiadores.

Souchy no quiere hablar sobre cosas que que reina el acuerdo y propone a los otros oradores que se limiten, mocionando en el sentido de que se cierre la lista de oradores y deseando que Lansink, en común con la comisión de redacción, prepare una resolución en que se adopte una actitud sobre los reformistas, sobre la legislación social y ante todo sobre el Bureau internacional del trabajo de Ginebra. Si nos declaramos por el mejoramiento de la situación del proletariado dentro de la sociedad actual, no debíamos olvidar de aclarar que queremos obtener esos mejoramientos sin cooperar ni participar en las instituciones legales, tanto nacionales como internacionales. Los amsterdámicos comprenden la lucha por el mejoramiento de la situación de la clase obrera en el sentido de la colaboración con el Bureau internacional del trabajo. Quieren una especie de legislación social internacional, con lo que no van de acuerdo los sindicalistas. Es preciso, pues, expresar a los trabajadores de todos los países nuestra opinión sobre esas cosas, para que se separe claramente la línea divisoria del movimiento obrero reformista de la del revolucionario. Una, lleva al empantanamiento capitalista; la otra nos redime del capitalismo. Eso debería expresarse en la resolución. El orador ruega a la comisión de redacción que tenga en cuenta sus manifestaciones.

Borghí considera superflua una larga discusión sobre ese punto. Tampoco es necesaria una resolución, pues todos sabemos que las luchas cotidianas son necesarias, y más aún, realizamos esas luchas desde hace muchísimos años. El orador quiere hablar en el punto sobre la reacción internacional, sobre las diversas formas de lucha necesarias según él.

Santillán comparte esa opinión. En Argentina se lucha desde hace años por una jornada más corta de trabajo. ¿Qué debe deducirse de la resolución? ¿Qué debe luchar por las ocho horas? Pero la F. O. R. A. propone la lucha por las seis o las siete horas de trabajo y es hora de interesar al proletariado en esas reivindicaciones. En Barcelona se trabaja seis horas en algunas industrias. Los mineros de Italia tienen ya las 7 horas, y lo mismo los tipógrafos de Portugal. ¡Iremos a decir a esos obreros que el imperativo de la hora es la conquista por las ocho horas!

Lansink declara que en la resolución no se haría ninguna demanda determinada por las ocho o las seis horas de trabajo; eso quedaría al criterio de cada país e industria. También Borghí es de la misma opinión.

La sesión se posterga hasta las ocho de la noche.

Al reiniciarse los debates, es presentada la resolución Rócker sobre la A. I. T. y las demás tendencias del movimiento obrero en su forma nueva. Se sigue una corta discusión. Pfemfert hace uso de la palabra. Confía que la A. A. U. E. no acudirá al tercer congreso en calidad de huésped, sino como una de las tantas organizaciones adheridas. No habla en nombre de millones de obreros, pero los diez mil que representa son revolucionarios que no se satisfacen solo con abstracciones. Polemiza con Kater, que atacó en *Der Syndicalist* a la A. A. U. E. Hace resaltar luego los puntos de unión con la F. A. U. D. para indicar que la F. A. U. D. y la A. A. U. E. están separadas por lo que se refiere al problema de la organización. La A. A. U. E. es una organización económica y arraiga sobre todo en las fábricas, no en los oficios, como en los sindicalistas. Como la A. A. U. E. quiere adherirse a la A. I. T., debe exponer su opinión claramente, y mostrarse abiertamente su naturaleza. La A. A. U. E. es partidaria, en oposición a los sindicalistas, del empleo de la violencia como una necesidad; se declara por la dictadura de los consejos y los sindicalistas, incluso Rócker, son en ciertos puntos marxistas legítimos, especialmente en lo que se refiere a la acentuación de las condiciones económicas. (Santillán advierte que según los estatutos de la A. I. T. no podrá adherirse una nueva central sindical a la

A. I. T. en un país donde existe ya una adherida, sin haberse puesto de acuerdo con esta última; la discusión que provoca Pfemfert no corresponde a este congreso). Pfemfert responde que ha mencionado el asunto porque es importante para su organización. Está conforme con Rócker en la afirmación de que las necesidades sociales determinan la forma de la organización. También la A. A. U. E. ha escrito en su bandera la consigna: "La emancipación de los trabajadores debe ser la obra de los trabajadores mismos"; la A. I. T. debe reunir a su alrededor todas las fuerzas antiautoritarias. Personalmente no puede realizar la adhesión; esa deben realizarla los obreros mismos en las fábricas, cuando reciban el informe del congreso. Pero no podría tratarse de rehusarles la adhesión en la A. I. T., pues son realmente combatentes de clase antiautoritarios y revolucionarios. Desea que el congreso adopte resoluciones aceptables para los trabajadores que él representa.

Después de las manifestaciones de Pfemfert, declara Kater que la actitud de la A. A. U. E. frente a la F. A. U. D. no corresponde a este congreso, sino al 15 congreso de la F. A. U. D. que se celebrará en Dresde. Por esa razón no quiere entrar a rebatir las manifestaciones de Pfemfert.

Es puesta a votación la resolución Rócker, que se aprueba unánimemente. He aquí el texto:

"El congreso internacional reafirma sus puntos de vista establecidos en los estatutos de la A. I. T.

*El congreso expresa la opinión de que todas las organizaciones económicas del proletariado son capaces de conquistar dentro de la sociedad actual, mejoramientos económicos y de realizarlos, que sin embargo las organizaciones sindicales antiautoritarias representan la forma natural y verdadera de organización que puede operar la reorganización de la vida económica y social, sobre la base del comunismo libertario.*

*que los partidos políticos, cualquiera que sea el nombre que lleven, no pueden ser nunca considerados como la fuerza impulsora de la reorganización económica; porque su actitud se expresa simplemente en la conquista del poder de Estado;*

*que uno de los objetivos principales del movimiento obrero no debe ser la conquista del poder político, sino la abolición de todo organismo central de poder de la vida de la sociedad, pues la independencia del movimiento obrero es la primera condición para la obtención de su finalidad.*

*Con esos principios como fundamento de su actividad, expresa el congreso la opinión de que toda tutela de los sindicatos obreros aleja a la clase obrera de sus verdaderos fines y de su misión, y que por esa razón toda coalición entre los sindicatos y las organizaciones políticas, es perjudicial.*

*El congreso rechaza la concepción falsa que pone en el mismo nivel los partidos cuyo fin es la conquista del poder político y los grupos ideológicos que actúan al margen de todo principio estatal y autoritario en pro de la transformación social.*

*Considerando esta situación llena de peligros para la clase obrera de todos los países, defiende el segundo congreso de la A. I. T. la opinión que es deber de los partidarios de las organizaciones sindicales antiautoritarias:*

*continuar más enérgicos que nunca la labor proselitista sobre la base de los principios establecidos en los estatutos de la A. I. T.;*

*no participar en ninguna comedia unificacionista emprendida por aquellos que quieren aniquilar el movimiento obrero y transformarlo en botín de algún partido político;*

*hacer de la A. I. T. el punto de concentración de todos los sindicatos anticapitalistas y antiautoritarios del mundo".*

Se levanta la sesión hasta el próximo día.

**En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 \$**